Pablo Morales Rangel
1979

Sigo medio inconscien-te un denso coágulo de sangre que se trepa por mi cuero cabelludo y se desliza por la sien hasta estallarme el ojo izquierdo. Trato de despertarme del todo; una angustia irresuelta me avisa que tengo cosas por hacer, ¿qué tengo que hacer?, ah, sí, el artículo,

gir nada. Resuena por todo el apartamento el traqueteo de las ruedas de la maleta rosa arrastrándose sobre el suelo del aeropuerto.

mismo quién es, veo el pocillo que se lleva a la boca, parece de capuchino, tendré que pagarlo yo, me siento y le entrego la plata sin saludar a ver si se acaba rápido esto, –Gracias– dice con espuma en el bigote, me quiero largar sin despedirme pero no lo hago –me espera un artículo, lo tengo que entregar antes de las ocho–, miro mi reloj casi sin mirarlo, solo para confirmar lo que ya sé –Son casi las cinco– me

cascarada, me fijo en un cuadro que cuelga de esta, se ve una niña de espaldas asomándose a una ventana por la que se ve el mar, me duele intensamente la cabeza mientras levanto el sofá lleno de polvo –ahí queda perfecto–, la miro mientras trato de sonreír –espere, ¿quiere un tinto?– respondo que no con la cabeza mientras me alejo –muy amable, tengo cosas que hacer–, un asiento frente al computador me espera,

sido así, a pesar de que hoy no debería ser así. Regreso al computador, como si fuera un lugar seguro, contrario a mi propósito me sumerjo en ensueños, oigo el ruido de las maletas que ruedan por largos muelles que desemboca en adioses, pero que conectan con las bienvenidas de los otros, motores de aviones que despegan en aeropuertos de pisos relucientes y que luego resuenan sobre las ciudades que miran al cielo

acerca, compro dólex Forte y una botella plástica de agua, hay mucho plástico en el mundo, diría Karime, me tomo el dólex y voy bebiendo el agua. En las escaleras del edificio me encuentro a Juliana que va de bajada, ¿será que sabe que Karime se va? –Hola–, se detiene –¿Cómo estás?–, no sé cómo contestar esa pregunta –Bien, ¿y tú?–. El fugaz encuentro con Juliana me deja pensando en ella más de la cuenta y no siento ningún remordimiento, siempre ha

me doy un baño de gato y salgo desnudo a escribir, me arreglo el cabello en el reflejo de la pantalla, junto al computador está la nota de Karime, la releo y me sorprendo sonriendo por ver la caligrafía y su pésima ortografía, tienes letra de colegiala, y ella me lanzaba una mirada mortal. Trato de evitar seguir riendo y contengo un pensamiento que no puedo reprimir del todo, qué dramática, por qué no un correo o un mensaje al celular, una nota,

le digo fastidiado, responde casi dándome una orden –Necesito tu ayuda–, siempre era dinero o que lo sacara de la cárcel; en este caso, dinero, no podía esperar, era urgente, vida o muerte, que se muera entonces, ¿a quién engaño?, me visto y salgo a encontrarlo en Sheherezade, el café de la esquina, él decide el lugar. Ya está sentado cuando entro a ese espacio esnob que tanto le gusta, será la forma para negarse a sí

¿es solo eso?, no se resuelve la an-gustia del todo, trato de abrir los ojos, el dolor casi no me deja, entrecierro la mirada para poder fijar la vista en los números del despertador electrónico, solo está el titileo rojizo, por fin aparecen los números, las dos y media, no sonó la alarma o nunca la puse, la cabeza me va a explotar, me siento en la cama, a las ocho debo enviar el artículo, salto de la cama, no hay tiempo para un

A las ocho en punto le doy enviar a un correo dirigido al departamento editorial del diario, adjuntándole un archivo de dos mil treinta y siete palabras, esperando que no haya problema con Armando, que siempre me jode por mandar más de las palabras solicitadas, me edita sin mi consentimiento, *culpa suya, marica, para qué no cuenta bien.* Puedo suprimir el párrafo final, pienso, pero cuando aparece *su mensaje ha sido enviado.* No quiero corre-

baño aunque sé que lo necesito; tocan la puerta, maldita sea, doña Cecilia quiere que le ayude a mover un mueble, maldita sea, –no puedo ahora– me arrepiento, la alcanzo, me siento en deuda, Karime decía que la vieja siempre le hablaba bien de mí; el recuerdo de Karime es un latigazo, y se resuelve la angustia: hoy se va. Atraviéso el recibidor siguiendo a doña Cecilia, muevo el mueble hasta la pared blanca con la pintura des-

aeropuerto, arrastrando su tierna maleta rosa, no veo su rostro y no puedo saber si está llorando. Suena el celular, no voy a contestar, maldita sea, vuelve a sonar, no voy a contestar, maldita sea, insiste, miro la pantalla del celular, número desconocido, contesto –¿Julio?–, ¿por qué me está llamando mi hermano? Me quedo en silencio un largo rato –¡Julio, por favor!–, no es voz de súplica, sino de reclamo: –¿Qué pasa?–,

levanto y camino hasta la puerta, él me alcanza, se me pasa una idea lamentable, me va a obligar a pagar el capuchino –Sé lo de Karime–, lo empujo, da un paso hacia atrás y regresa –Sé que se va–, me quedo inmóvil para escuchar qué más va a decir –Somos hermanos–, como no digo nada, pone un tono de urgencia: –¿Somos hermanos?–; asiento con la cabeza, tengo una fugaz sensación de cariño, le estiro la mano, él me la es-

con apatía, e ignoran que en esos vuelos siempre hay alguien que se aleja…

Escribo un artículo que pretende ser humorístico, buscando sonreír yo mismo, sobre las diversas conductas de las personas cuando hacen un viaje, desde la preparación de las maletas hasta el abordaje. Pero no puedo evitar, muy a mi pesar, cerrar con una mueca grotesca, hablando de los que se van, los que nunca regresan, los que dejan todo atrás.

que dramática, no quiero pensar mal de ella, enciendo el computador pero me descubro sin tema para el artículo, veo mi reflejo desaparecer cuando se carga la imagen del fondo de pantalla, sobre la arena húmeda de mar una mariamulata observa el pie desnudo de Karime, desenfoco la mirada en un vacío impreciso, la encuentro a ella con su camiseta de algodón que deja su espalda descubierta, definida, alejándose por el muelle del

trecha con fuerza, desenlazo mi mano y salgo apurado, no por una preocupación real, sino para representar a un hombre que tiene prisa, me empeño en caminar rápido varias cuadras a pesar de mi dolor de cabeza para mantener la farsa conmigo mismo, un letrero de Droguería sobresalta mi conciencia y entro como si la estuviera buscando; el tipo de la bata está al fondo, tarda en notar mi existencia, ¡qué eterno es un minuto! Al fin me ve y se